

DON JESÚS MARÍA SISTIAGA.

UNA CORRIDA DE TOROS.

Yo que nací, señores,  
Muy lejos de la tierra de los lores,  
Y que no soy tudesco, ni en mi porte  
Muestro tener parientes en el Norte,  
Pues en mi sangre siento  
De la raza moruna el ardimiento;  
Yo que, á decir verdad, tengo cumplida  
Casi media centuria de mi vida,  
Y que, por consiguiente,  
Nadie puede tacharme de imprudente  
(Ya que en aqueste tiempo turbulento  
Por los años medimos el talento,  
Pues nos basta ser viejos ó callados  
Para ser unos sabios consumados),  
Voy á llenar el mundo  
De un asombro profundo  
Cantando la terrible batahola  
De los toros lidiados por la cola.

Era la tarde de un hermoso día  
En que todo convida á la alegría;  
El sol recoge un tanto  
Su comburente manto,  
Y por los aires trina

DON JESÚS MARÍA SISTIAGA.

UNA CORRIDA DE TOROS.

Yo que nací, señores,  
Muy lejos de la tierra de los lores,  
Y que no soy tudesco, ni en mi porte  
Muestro tener parientes en el Norte,  
Pues en mi sangre siento  
De la raza moruna el ardimiento;  
Yo que, á decir verdad, tengo cumplida  
Casi media centuria de mi vida,  
Y que, por consiguiente,  
Nadie puede tacharme de imprudente  
(Ya que en aqueste tiempo turbulento  
Por los años medimos el talento,  
Pues nos basta ser viejos ó callados  
Para ser unos sabios consumados),  
Voy á llenar el mundo  
De un asombro profundo  
Cantando la terrible batahola  
De los toros lidiados por la cola.

Era la tarde de un hermoso día  
En que todo convida á la alegría;  
El sol recoge un tanto  
Su comburente manto,  
Y por los aires trina

Sus cantos lastimosos  
En dejos amorosos  
La tierna golondrina:  
Mil bellezas galanas  
Adornan las ventanas  
De cuatro calles reales  
Cercadas por los puntos cardinales.  
Ello es que había novillos  
Con lazos en los cuernos, amarillos,  
Juntos en el toril, como en chiquero.  
La tarde, lo olvidaba, era de Enero.

Pues, señores, al caso:  
Veinte potros al paso,  
Rucios, zainos, overos,  
Van montados por sendos caballeros,  
Llamados en la silla hacia adelante,  
Con un aire triunfante,  
Como que en tales sustos y tropeles  
Han de segar manojos de laureles.  
El uno allá en la esquina  
Requiere una pretina,  
Y ajusta por entero  
La robusta cintura con un cuero;  
El otro que la cincha siente floja,  
Del caballo se arroja,  
Y alzando la coraza con la frente  
La aprieta fuertemente;  
Que es cosa dura y de muy mal agüero  
Salirse por las ancas de un trotero;  
Cuál, viendo á su querida  
Tras la reja escondida,  
Ase del hierro con robusta mano,  
Sobre un estribo, ufano,  
Descuelga el cuerpo todo  
Con garbo, y de tal modo,  
Que escuche la querella  
De su amorosa bella  
Para que no se exponga de tal suerte

Á recibir la muerte;  
Todo con gran secreto.  
Que es hombre el coleador asaz discreto.  
Mas ¡ay!..... que ya revienta,  
Enhiesta la cerviz, alta la cola,  
Cual bala de pistola,  
Un novillo de cuenta,  
Rasgando el aire con la hendida planta  
Con tal velocidad, con furia tanta,  
Que la calle despeja  
Y todo el mundo ceja  
Huyendo cual bandada de palomas;  
Que la fiera, por Dios, no está de bromas.

¡Oh! Si me diera el numen que me inspira,  
La sonora lira  
Con que del mismo infierno  
Sacó un marido tierno  
Á su mitad querida  
(Gran maravilla de una edad que es ida),  
Ó siquiera el salero  
De Píndaro ú Homero,  
Para que resonara la voz mía  
En Rusia, en Australasia y en Turquía  
(Y no hablo aquí de chanza,  
Que bien valen dos cuernos una lanza).  
¿Quién un toro que cuenta seis abriles  
No contempla en la cólera de Aquiles?  
¿Y arrastrando á un jinete,  
No hiciera el toro al fin con el pobrete  
Lo que el griego inhumano  
Hizo por gusto al capitán troyano?.....

Pues como iba diciendo de mi cuento,  
Más ligero que el viento  
Corría desalado  
Un novillo encerrado,  
Y detrás, cual cohetes,  
Un grupo de jinetes

Disputando con voces y con maña  
La cola de la rápida alimaña:  
Horrible trance, fiero,  
Para el toro, caballo y caballero.  
En ese crudo instante  
No hay nada que no espante  
Á los espectadores,  
Ni que arredre á los bravos coleadores,  
Que para ver contentas á sus damas  
Son hombres que se arrojan á las llamas.  
Firmes en los arzones,  
Recogido el aliento,  
Sin compasión ni tiento  
Aguijan sus bridones  
Y aprietan las rodillas  
Y crujen de los potros las costillas;  
Que les va en su destreza  
El puntillo de honor y la cabeza.

¡Oh Júpiter tonante!  
Tú que, á más de ser Dios, fuistes amante,  
Y amante tan ladino,  
Que andabas de continuo  
Saciando tus pasiones  
Con mil transformaciones;  
Tú que, por más decoro,  
Te convertiste en toro  
Por libar del placer la dulce copa  
Con la divina Europa:  
Haz que mi musa tímida  
Me inspire cantos épicos  
Y encienda el estro bélico  
Bajo apariencia insípida,  
Para que el mundo extático  
Halle versos magníficos,  
Punzantes y dramáticos  
Y un si es no es satíricos,  
Pues ¡por tu nombre! que llegó el momento  
En que yo he menester tu valimiento!

Dejamos, cual azores  
Tras el ave altanera,  
Persiguiendo la fiera  
Á muchos coleadores.  
Tres descuelgan los brazos  
Expuestos á morir en mil pedazos;  
Mas el que lleva el toro á la derecha,  
La ocasión aprovecha  
Y hace suya la gloria,  
Porque mira segura la victoria.  
Empuja su corcel, tiende la mano,  
Toma la cola de que está sediento,  
Y lleno de ardimiento,  
Jura entre dientes no soltarla en vano;  
Y dobla la carrera,  
Que llegan de la valla á los confines;  
Ase con la siniestra de las crines  
Que acarician las astas de la fiera,  
Y con la fuerza ingente  
De un semidiós potente,  
Tira con tal empuje y tanto cierra,  
Que va rodando el animal á tierra;  
Y al estruendo que causa la caída  
De la bestia vencida,  
Un grito clamoroso  
Resuena en aquel coso,  
Proclamando al autor de tal coleada  
El rey de la jornada.  
En tanto el vencedor detiene el potro,  
Mira á un lado y á otro,  
Y lo revuelve al paso  
Al lugar del fracaso,  
Mirando de soslayo  
Los cascos de su bayo  
Y flotante la negra cabellera;  
Que el sombrero voló con la carrera.  
No se detiene allí; sigue y pasea  
La calle en que coleó, porque desea  
Que quien le viera en tan temido instante,

Ora contemple su triunfal semblante,  
Ó más que todo, porque su Narcisa  
Le regale al pasar una sonrisa.

Quede, pues, entretanto  
El fuerte coleador envanecido  
Con el triunfo obtenido,  
Y vuelvo yo á mi canto;  
Que allá miro á sus otros compañeros  
Convertidos ahora en rejoneros,  
Pues tal fué la caída,  
Que triste y abatida  
Yace la res mugiente  
Con el dolor que siente:  
Zafadas las pezuñas,  
No hay palancas ni cuñas  
Que obliguen á la fiera  
Á lanzarse de nuevo á la carrera;  
Mas, ¿qué importa que el toro lastimado  
Yazga en el empedrado,  
Desangrándose el mísero á torrentes,  
Si quedan por colear aún otras gentes?  
¿No fuera al hombre en mengua  
Mostrarse compasivo  
Al dolor excesivo  
Que no expresa la fiera con la lengua?.....  
¡Alza! ¡arriba, animal! — gritan en coro,  
Las turbas que se apiñan junto al toro;  
Hincanle con mil puntas aceradas,  
Y su saña inclemente  
Hierva en imprecaciones y pedradas.  
El animal paciente  
Lanza al aire mugido lastimero;  
Procura levantarse, mas en vano;  
Que ya perdido su vigor primero,  
No puede complacer á su tirano;  
Y es mucho que no deje por despojos  
Líquidos los cristales de sus ojos.  
Vuelven, pues, al toril: sale un lebruno

Que al mismo destapar ensarta á uno;  
Y es gusto ver entonces las ventanas  
Cuajadas de levitas y sotanas  
Y, salvando la piel en los zaguanes,  
Damas acicaladas, ganapanes,  
Ministros y manolas;  
En fin, las calles solas,  
Pues, como llevo dicho,  
Á todos infundió respeto el bicho.  
El mísero corneado,  
Á una casa vecina trasladado,  
Pide en su desventura  
Los auxilios del médico y del cura:  
¡Empeño vano! pues, por más que quiera,  
No hay medio de salvar la talanquera.  
En tanto las carreras y los gritos,  
Los tambores y pitos  
Y un chubasco de frases coloradas  
Aturden las cabezas más templadas;  
Y para hacer mayor la barahunda,  
La gente vagabunda  
Echa fuera del coso  
Un torito barroso,  
Bichito de cosquillas,  
Que un caballo cogió por las costillas.

En fin, la misma escena  
Se repite mil veces;  
Se rompen los jaeces;  
La música resuena;  
Aquí se ve un herido  
Y más allá un contuso;  
Pero no hay que asombrarse: ese es el uso  
Y lo más halagüeño y divertido.

Mas ¡oh dolor! del negro manto el broche  
Va soltando la noche;  
Ya suenan las viguetas desatadas  
De las empalizadas;

Se llevan el ganado  
Sangriento y aporreado,  
Que al día siguiente en condiciones tales  
Se engullirán los míseros mortales;  
Y por postre y final se escucha el bando.  
Cornetas y tambores,  
Y voces y clamores,  
Acompañados de instrumentos raros  
Que llaman en la tierra *guarataros*,  
Van por todas las calles proclamando  
Los capitanes que en el día siguiente  
Se han de encargar de divertir la gente.  
Tres son nombrados para los novillos,  
Y tres para la música y cohetes;  
Luego damas que adornen los jinetes  
Con lazos colorados ó amarillos,  
Y tres personas más, las más cuitadas,  
Se encargan de poner empalizadas;  
Dando por fin aquella chamuchina  
Un viva, en cada esquina,  
Á los claros varones  
Que han merecido tales elecciones.  
¡Oh distracción preciosa  
La más grata y sabrosa  
Que pueden contemplar humanos ojos!  
Casi me dan antojos  
De retar á los pueblos de la Europa,  
Que marchan viento en popa,  
Á que digan si puede haber cultura  
Donde no hay coledura,  
Ó si pueden marchar artes y ciencias,  
Sin aquestas torunas emergencias.

Yo, pues, que sólo he sido  
Un narrador cumplido,  
Doy gracias al Eterno,  
Pues que, por su bondad ó su clemencia,  
Escribo aquí donde la misma ciencia  
No vale tanto como vale un cuerno.

D. ELOY ESCOBAR.